

EXCELENTE INTENCION**LOS HERMANOS**

Comedia en cinco cuadros de Terencio. Adaptación experimental de Andrés Castillo. Elenco del Departamento de Teatro de Ensayo del Universitario. Dirección de Luis Zipitria. Escenografía y vestuario de Humberto Tomeo. Iluminación de Manuel Abella. Música de Enrique M. Almada. En la sala de la Facultad de Humanidades.

Presentar una pieza de Terencio en una adaptación que haga de él un autor vivo, cercano a nuestras ideas y sentimientos artísticos era una excelente idea, riesgosa e incitante. Lo sigue siendo a pesar de que la experiencia resultara en buena parte frustrada. Es decir, los propósitos y la puesta en práctica del proyecto impresionan como bien orientados, y es la realización escénica, la dirección y en particular el plantel de actores sin suficiente experiencia los que han traicionado las buenas intenciones originales.

En el haber del trabajo cumplido por Andrés Castillo debe ponerse una espontánea intuición del hecho escénico, una vivacidad de lenguaje que se rehúsa a la grandilocuencia y se mantiene en un tono menor, ameno y sencillo; también una estructuración feliz de las situaciones y la utilización flexible del prólogo y sus actores. Peca en cambio por excesos, cayendo en construcciones sintácticas que delatan un rioplatensismo no vigilado, y permite que los personajes pierdan la natural nobleza que es privativa del tratamiento artístico de Terencio.

El esfuerzo de Luis Zipitria como director ha dado poco resultado; en el primer espectáculo que presentara, los personajes de barrio montevideano podían tener los defectos de los actores inexperientes que utilizaba y todo cabía bajo el rubro de neorrealismo experimental. Pero aquí esos defectos, no corregidos, afectan artísticamente todo el espectáculo y lo hacen penoso: dicciones viciosas, variabilidad tonal, languideces y apresuramientos repentinos en la emisión de la frase, falta de dominio de los movimientos, manos que se acomodan los trajes con nerviosismo, a lo cual puede agregarse trágicos olvidos de la letra y desesperaciones para pescar al apuntador. En esas condiciones, el experimento resulta excesivamente ambicioso y condenado de antemano.

Hay, es cierto, una ordenación sagaz del espacio escénico, la resolución feliz de la planta y del juego de movimientos; hay una buena utilización de las luces y un excelente acompañamiento musical; hay un sobrio, estilizado y elegante escenario de Humberto Tomeo (aunque son imperdonables los trajes, en formas y en colores), pero ello no basta para hacer un espectáculo.

De los actores puede recordarse a Blanca Lacoste, en sus pequeñas intervenciones: sabe decir, consigue el rostro de su personaje. Omar Di Lorenzo pareció más tranquilo en la macchietta de su anciano Geta que en su galán Esquino, a pesar de que éste tenía sus años. Enrique M. Almada continuó con su personaje de La Cantera, que hace bien, pero que a pesar del chitón no parece muy terenciano. La mejor actuación, en voz y en prestancia escénica fué la de Alfredo González que demuestra amplias condiciones, y al que sólo le falta mayor naturalidad de movimientos. Alberto Cattán estuvo mejor en su Sanión que en el gigante barbudo que resultó Hegión.

Parece más adecuado que Departamento de Ensayo se esfuerce por mejorar la preparación de su elenco, antes de abordar textos de responsabilidad como éste que comentamos.